

Así no la podemos dejar entrar, es el reglamento. Si quiere visitar reclusas, vuelva de falda ancha, zapato de tacón plano y sin media pantalón. Tiene que traer un pañuelo limpio. Visitas entre semana sólo hoy, sólo mujeres y menores, de siete a diez de la mañana.

Trato de usar el carné de periodista para que me dejen pasar como estoy, de pantalones.

—Ya le dije, el reglamento es para todas —dice una guardiana de la Cárcel de Mujeres de El Buen Pastor.

En la calle sucia y sin tráfico que lleva al penal, entre los kioscos de venta de cigarrillos, diarios y refrescos, los hay también de alquiler de ropa usada. Para las visitantes que no conocen el reglamento y no pueden volver hasta su casa a cambiarse. De unos ganchos de alambre cuelgan faldas anchas de varias tallas y zapatos de tacón plano para todos los pies. Detrás de una cortina improvisada hay un espacio para mudarse. Entro y me pongo una falda que he escogido, que alguna vez debió ser plisada y escocesa, y unas Sandalias que me nadan de grandes pero que están menos gastadas que las demás.

Camino de nuevo hacia la puerta del penal, incómoda y pensando en la roña y las pulgas que deben tener esa falda y esos zapatos. Frente a la caseta de entrada hay una cola de mujeres y de niños y, al final, una gorda embutida entre su uniforme azul, de voz ronca y alegre, es la encargada de requisar a las visitantes en busca de droga, de armas, de no sé qué más que no deba llegarles a las presas. La requisa es sistemática y a fondo. Es revulsiva, es mortificante.

La inspectora gorda usa guantes de plástico y hace su trabajo sin asco. Sin más mala leche o más dobles intenciones que quien cose colchas o limpia persianas:

—Abra tantico las piernas, que ya casi salimos de esto —ordena sin antipatía. Agáchese tantico que ya no la molesto más.

Los guantes de plástico no se los cambia, sino que cuando va a tocar los genitales coloca sobre el guante de la mano derecha el pañuelo que cada una de las visitantes le entrega. Su trato amable y maternal no disminuye el fastidio, las ganas de no estar allí, la vergüenza propia y ajena por esa gente con cara de madrugón y aliento de no haber desayunado, que espera en la cola a que la gorda les revuelva la ropa interior, les hurgue con sus dedos enfundados en plástico los orificios.

Siento vergüenza también por la pobre gorda, apretada en su uniforme azul, con su pobre, sucio oficio de violar la intimidad humana.

Se acerca mi turno. Delante de mí pasan dos niños que vienen a visitar a su madre. Me indigno porque también a ellos les quitan los sacos, les quitan los zapatos, los chequean. Según se ve, la gorda ya los conoce.

—Jairito, por qué no vino la semana pasada— le dice al mayor.

El más pequeño se pone a llorar, ya me toca el turno y el malestar se me vuelve náuseas.

Paso y recorro de nuevo al carné de periodista.

—Sólo vengo a entrevistar a una presa —le digo a la gorda—, y además no traje pañuelo.

Esta vez el carné surte efecto y ella, canturreando, me requisa por encima y me deja pasar.

Los edificios interiores de El Buen Pastor son de color gris ratón y tienen algunas ventanas, ciegas y enrejadas. Están dispuestos en torno a un enorme patio de cemento que al centro tiene una imagen de Cristo tamaño natural, con tres ovejas, todos cuatro pintados también de gris.

Alrededor del Cristo hay un surco de tierra con flores cuidadas pero escasas. Los corredores y las salas de visita tienen la pulcritud desinfectada de un hospital. No hay muebles, no se ve gente, no se ve mugre, no se oye ruido. Como un hospital, frío y vacío.

Le pregunto a la guardiana por Emma, la descuartizadora. —Ah, sí —me dice—. Ya se hizo famosa la pobre.

Me pregunta si no quiero ver antes a una de las trabajadoras sociales de la cárcel y le digo que bueno. Me lleva por el pasillo de las oficinas hasta el escritorio de una mujer menuda, viejona, que pasaría desapercibida si no fuera por una tumultuosa melena roja que le sale despedida, como una llamarada, de la cabeza.

—Casi todas las de homicidio, al que mataron fue al marido, o al novio —me dice la señora de la feroz cabellera roja. Casi siempre son mujeres que durante años han aguantado las borracheras y las golpizas diarias de sus hombres. Están acostumbradas al sexo por las malas todas las noches, a que les pateen el vientre, a que les rompan la cara, a ellas y a sus hijos. Son mujeres que un día se cansan de todo eso, y se defienden, responden. A algunas se les va la mano y el tipo se muere. Ésas vienen a parar acá, y aquí pasan el resto de su vida. No le digo que no haya delincuentes y asesinas. Sí las hay. Pero casi todas las de homicidio son como le digo.

Interrumpe la guardiana para decirme que Emma ya me está esperando en el Primer Patio.

—Va a ser difícil que le hable —me advierte la señora pelirroja— Menos siendo usted periodista. Los primeros días vino mucho reportero, y ella dio mucha declaración. Después todos los periódicos dijeron que era un "monstruo de crueldad", y a ella le dio por no hablar más.

En el centro del patio veo a Emma. Es muy joven, casi adolescente. Lleva puestas unas enormes gafas negras, los labios pintados de rojo subido, rouge en las mejillas, unos jeans muy ceñidos y una camiseta de manga corta, azul desteñida, de las que venden desteñidas a propósito. Tiene el pelo rizado con permanente y un peinado a la moda.

Sentada junto a las ovejas rígidas, Emma está entregada a la tarea de comerse las uñas. Cuando llego a su lado no voltea a mirarme: sigue comiéndose las uñas, como si las disfrutara, como si supieran rico.

—¿Emma? —le digo—. ¿Emma?

Ni me contesta ni levanta los ojos, que siguen fijos en sus dedos. Tomo la cámara fotográfica y empiezo a retratarla. Inmediatamente reacciona, se saca las gafas, se arregla el pelo con las manos. Empieza a posar. Imposta sonrisas para la cámara. Muestra unos dientes blancos, parejitos. Por fin me habla:

—Ay, no me saque así. Espérese me paso el cepillo. Encima de la mierda que hablan de mí, me sacan fea, los hijueputas ...

—Bonito su corte de pelo— le digo.

—¿Cierto que sí? Antes era lisa, como un aguacero, y tenía el cabello por la cintura. Pero con este bonche me tocó cambiarme el peinado, hacerme la permanente.

Entre foto y foto, y a regañadientes, Emma va soltando su historia, incoherente, deshilvanada, sin pies ni cabeza.

—Ya no me pregunte nada. Mejor dicho, no me jodan más, ¿sí? Mejor dicho, para que les explico, si al final de cuentas van y escriben lo que les da la gana...

Tenía que cambiar de peinado porque tenía que cambiar de vida, meterse con gente nueva, que los de antes no supieran de ella. Si seguía lisa y pelilarga la iban a reconocer. Tenía que oscurecerse el pelo y rizárselo, hacerse un corte que la dejara distinta, como si fuera otra. Fea no: otra.

Lo primero, antes que ir al salón de belleza, fue huir del cuarto, escurrírsele a la pesadilla, echarle llave a la puerta y no volver a entrar.

—¿Usted sí sabe a qué huele la sangre? —pregunta Emma, mientras posa echando hacia atrás la cabeza, mostrando los dientes bonitos, alborotándose el pelo. —Yo tampoco sabía, pero le juro que no se aguanta.

El olor no se iba ni con la bolsa grande de Fab que compró, que restregó con cepillo contra el piso, los muebles, las paredes.

—Al principio eso era horrible, mejor dicho, era el infierno. Pasé toda la noche como loca sin saber qué hacer, con Isidro tirado con una cara que daba susto. Cada vez se ponía más morado y más tieso. Hasta que me dije a mí misma: o se pone las pilas o está muerta, hermana.

El cuarto no era feo, era un buen vivero, tenían TV a color y equipo de sonido. Ella, Emma, dice que lo mantenía limpio, arreglado, todo en orden. Total, si tenía todo el día para no hacer nada, sólo dormir a ratos, ver las telenovelas, pintarse las uñas, arreglar la pieza para que quedara como una casita de muñecas.

—Después de esa noche ya qué casita de muñecas, mejor dicho, un mierdero, y ese olor que no se me olvida.

Aguantando las náuseas, Emma metió cada parte entre una bolsa de plástico, arrojó las bolsas contra la pared, y después lo limpió todo con Fab. A la madrugada se bañó, se cambió la ropa, puso cara normal, de buenos días, de aquí no pasó nada. Salió a la calle, tomó varios buses —de ida y de vuelta— y repartió las bolsas, una por una, por todo el sur de la ciudad. Un brazo por el San Carlos, las tripas al barrio Venecia, unos órganos morados, oscuros, a Villa Gloria, la cabeza a una zanja por los lados de Soacha, y así. Dos días enteros le tomó hacer toda la distribución.

Después fue al salón de belleza, a ser otra vez linda y alegre, a cerrar el cuarto para siempre y largarse lejos de ahí.

—Pero tenía que platearme, ¿me entiende? Mejor dicho, que sin plata no iba ni a la esquina.

Así que vendió el televisor, por lo que le quisieron dar, y en eso se equivocó. Por ahí le seguirían la pista, y la encontrarían tres meses después.

Pero esos tres meses los pasó bien. Cada semana vivió en un barrio distinto, cada noche durmió en un nuevo inquilinato, o en la casa de un amigo, o con un conocido en algún amoblado de la carretera. Rodó por donde no la conocieran, donde la gente que se cruzara por la calle con su cara bonita no se imaginara siquiera la pálida que llevaba encima, no tuviera idea del olor de esa noche, no adivinara los recuerdos que guardaba en su cabeza, debajo de su peinado moderno.

—Esos tres meses sí que los gocé— dice Emma.

Gozó de la libertad, como hacía antes de conocer a Isidro. Volvió a bailar cuanto quiso, cada vez en un bar distinto. Todas las noches estrenó discoteca. No se alteraba, se divertía tranquila, porque los que la veían sacudir su melena crespa no sabían que antes había sido lisa, que su peinado nuevo, tan alegre, tan loco, no era sino el disfraz para esconder toda esa sangre.

A las nueve en punto de la mañana suena un timbre y salen otras presas al patio, para la media hora de descanso. Emma se retrae, se contrae, vuelve a sentarse, huraña, y otra vez se come las uñas.

—Mire, no insista, ¿sí? No le voy a decir ni una palabra más.

Se encaja las gafas negras y se agacha, se pliega sobre sí misma para que no la vean, para que no la señalen con el dedo. Dentro de la cárcel también usa las gafas oscuras cuando sale donde están las otras, aunque sea en la penumbra de los corredores o del comedor. Por las fotos que han salido en los periódicos las reclusas la reconocen, los carceleros, las trabajadoras sociales, los periodistas. Todos se la tragan con los ojos, se cuchichean cuando le pasan por el lado, quieren saber cómo fue que hizo aquello.

Como un avestruz, ella se esconde detrás de sus gafas para que la dejen sola, para poner la cabeza en blanco y poder repetir esa canción de Amanda Miguel. Amanda Miguel con su voz ronca y a veces tan alta, voz de quebrar vidrios, gritos de nena emberrinchada. A Emma le suena nítida en el oído, como si todavía tuviera el equipo de sonido y pudiera poner el disco. “Él me mintió, él me dijo que me amaba y no era verdad”, aúlla Amanda Miguel y Emma le admira cómo sacude la melena brava cuando canta esa parte.

—Yo soy muy romántica, me gusta la música romántica —les decía Emma, los primeros días de presidio, a los reporteros que venían a preguntarle cómo fue que cortó, con qué golpeó, con qué desmembró.

Ella sueña, romántica, y su cabeza se dispara a años luz de ese cuarto, a kilómetros espaciales de esa noche. Lo que ella quiere es un radio para oír canciones. Las de Radio Cordillera, que son sus preferidas, las que se sabe de memoria. Si tuviera el radio podría esconderse en una esquina del patio y desaparecer, volverse invisible, no pensar en nada, que nadie sepa que ella está ahí.

Pero no la dejan. Cuando su cabecita loca se olvida de todo se lo vuelven a recordar. Una amiga le trajo un recorte de periódico y ella lo leyó, lo escupió, lo arrugó, lo guardó en el bolsillo y después lo tiró: "Sin inmutarse, con pasmosa sangre fría, Emma Vélez Mojica, una agraciada joven de 18 años, armada de un afilado cuchillo, descuartizó a su amante, empacó en bolsas plásticas los pedazos y diseminó sus restos por diferentes lugares de la ciudad".

Con pasmosa sangre fría, dice la prensa, y la sacan seria en las fotos, a ella que tanto le gusta salir linda. Le dicen monstruo y asesina, a ella que le gusta lucirse, dar de qué hablar, pero por coqueta y por simpática.

Le gusta exhibirse como hacía en las discotecas, en los rumbeaderos, cuando aparecía algún tipo de buena pinta y se quedaba mirándola. Ella se percataba enseguida, se hacía la que no, pero le notaba la cara de ganas, y lo deslumbraba poniéndole ritmo a la salsa, a Richie Ray y su jala-jala. Con sus tacones ocho y medio, con su minifalda, con su peinado; Emma salía a la mitad de la pista cuando tronaba la salsa caleña de sus favoritos, la de Fruko y sus Tesos.

Fruko, el salsero famoso que metieron preso en Cali. Se decía que por traficar, o por estafar, o tal vez por injusticia. Ahora en la prisión, se acuerda Emma de lo que cantaba Fruko: "Olvidado para siempre en esta horrible celda, donde no llega la luz ni la voz de nadie".

Ahora sí se fija en lo que dice la letra, antes no, sólo bailaba la música, en sus ojos se reflejaban los focos azules y los rojos, y sus dientes se veían blanquísimos cuando prendían la luz negra.

Esos días de salsa y discoteca fueron buenos, los mejores de su vida. Emma bailó sin parar, vio cien Emmas en las bolas de espejos que giran colgadas del techo, la neblina fría que sueltan por los hoyitos de la pista le refrescó las piernas, los rayos láser le iluminaron el pelo.

Esos fueron sus días dorados, cuando se desquitó de tantos años, de 14 años de aburrirse y no hacer nada en su pueblo natal, en esa tierra de nadie que es Caquetá, Colombia. Porque su vida pasada era igual a la de todas. Otra campesina más venida a la gran

ciudad: el cuento conocido que ya no conmueve. Ni siquiera a ella misma: en cada noche bogotana de ron y discoteca, se le borraba un poco más de la memoria su niñez monótona y breve.

Se le había olvidado ya, por ejemplo, la cara del tío materno que la violó de chiquita, que le regaló caramelos para que no contara y la siguió violando cada vez que la encontraba sola, hasta que la dejó embarazada.

Tampoco se acuerda bien de la cara de su hijo, Giovanni. Trata de acordarse, pero quién sabe cómo será, ahora que creció. Debe tener ya cinco años, y si Dios quiere sigue allá, en el pueblo, con su madrina que es la que lo cría. Para qué acordarse si es mejor así, que no llegue la luz ni la voz de nadie. Pero sonrío cuando cuenta que ella misma le puso Giovanni, un nombre italiano, distinto, no como Emma, que es nombre de vieja.

De Isidro, el novio que mató, sí se acuerda, aunque no quiera. Sobre todo, de su voz, que se le cuele en el cerebro, aunque ella tararee las canciones de Amanda Miguel. Aunque no quiera oye a Isidro cuando la amenazaba esa noche, cuando le gritaba ya muy borracho:

—Ahora sí. Ahora sí es cuando nos matamos.

Isidro Sánchez, el novio de Emma, era albañil y futbolista. Un hombre robusto, grande. Un trabajador calificado, enchapador, que ganaba bien y la llevó a compartir una pieza decente. Le ofreció ponerle TV a color y equipo de sonido y le cumplió; tal vez fue por eso que Emma se quedó a vivir con él, aunque no le faltaron ofertas de otros. Además, por qué no iba a vivir con él si al principio era buen novio.

—¿Y usted lo quería? —le pregunto.

—Pues, cómo le dijera, al principio sí. Pero el tigre no era como lo pintaban ...

El tigre resultó distinto. Al principio era un príncipe, la invitaba al cine. Cuando Emma se enfermó de una pierna y no podían ir a bailar, la llevaba a fútbol con sus amigos. Era detallista, cuenta Emma, y romántico como ella. Le gustaba que el cuarto estuviera ordenado para quedarse por las noches viendo la tele, oyendo la radio.

Eso fue sólo al principio. Después empezó a tomar, a llegar tarde, cada noche más tarde, y le dio por celarla, por insultarla.

—Usted se ve con hombres —le gritaba—. Yo sé que aquí estuvo alguien.

Todas las noches los mismos gritos, hasta que empezó a golpearla y a dejarla encerrada.

—Usted de aquí no sale, zorra, porque yo sé a qué es que sale.

Encerrada todo el día, ella se aburría de tanta tele, y empezó a odiar el cuarto, a echar de menos los amigos de antes. Le hacían falta las luces de la pista, el trago, las miradas de los extraños. Olvidados en un cajón tenía los tacones de charol y la minifalda; para qué iba a ponérselos, si tenía que estarse sola.

Isidro llegaba borracho, gritaba por el cuarto, la llevaba a la cama a los empujones, la desvestía de mala manera. No, el tigre no era como lo pintaban, y a la larga la pieza ordenada también la aburría a muerte, como el pueblo del Caquetá.

Una tarde, cuenta Emma, cansada de tanto no hacer nada, se vistió con la minifalda y los tacones altos, se maquilló bien, puso a Richie Ray en el *stereo* y se entretuvo bailando sola, entregada a la añoranza.

Isidro entró por sorpresa, estalló en ira, quiso saber dónde estaba escondido el macho, para acabar con él. No lo encontró, y entonces resolvió acabar con ella:

—Ahora sí nos matamos —le dijo.

—Yo no le comí cuento —recuerda Emma—. Pensé que era la escenita de siempre, hasta que él agarró un cuchillo y me tiró dos lances. Me tiró a matar, a la garganta.

Ella sujetó la varilla de hierro con la que trancaban por dentro la puerta. Él era más grande y más fuerte, pero estaba borracho. Ella estaba lúcida y tenía adentro el rencor agrio de muchos meses.

—Si no acabo con él, él acaba conmigo —dice Emma que pensó, y le dio con toda la rabia por la cabeza.

Parada sola en la cárcel de mujeres, Emma pasa los días sin hablar con nadie, y tal vez ninguna trabajadora social le ha contado que hay muchas otras que también fueron condenadas por matar al novio. "Si no lo mato me mataba", es la historia de todas, el cuento repetido que ya no conmueve.

Pero el de ella es peor, mucho peor, porque ella cortó en pedazos "con pasmosa sangre fría", ella descuartizó, ella diseminó. Por eso la gente que habla de ella recuerda otras historias tétricas, como la del japonés que guardó el cadáver de la novia en el refrigerador y se la fue comiendo poco a poco, lonja a lonja.

Al final a Emma le fue mal, como a los perros en misa. Primero esa noche de pesadilla y las náuseas por el olor, después el cadáver y el agotamiento por tanto trabajo sucio. Días más adelante encontraron e identificaron la cabeza de Isidro, ya putrefacta, entre la zanja de Soacha. Empezaron a buscarla a ella porque los vecinos sabían que era su novia, y a la policía le quedó fácil enterarse de que se había volado. Localizaron el televisor que había vendido y por ahí le fueron siguiendo la huella por bares y discotecas, hasta que la encontraron.

Ahora pasa las horas en la esquina del patio de El Buen Pastor, con las gafas negras puestas y en la cabeza dándole vueltas una sola voz, la de Amanda Miguel, "él me mintió, él me dijo que me amaba y no era verdad."

Esa canción vuelve y vuelve y tapa la otra voz, todas las otras voces. Así Emma se siente mejor, está tranquila, casi bien. Aunque lástima de la salsa que ya nunca más, lástima de haber perdido el jala-jala y los focos azules y la luz negra, lástima de la tele y del equipo, lástima del pobre Fruko, del loco Fruko, que está tan lejos en alguna otra celda, adonde no llega la luz ni la voz de nadie.

—Al fin de cuentas todo eso ya para qué —dice Emma, y no se compadece. Yo lo que quiero ahora es que me dejen sola, que no se metan conmigo, total, a quién le importa y mi vida yo ya la viví.

El sol cae tibio sobre el patio y yo hace rato me olvidé de la falda escocesa alquilada que traigo puesta y de las chanclas que tengo en los pies, cien veces usadas por cien visitantes de reclusas. Emma se estira al sol, autosuficiente y complacida como una gata, y por un instante la veo guardar las uñas y sonreír en paz.

De pronto siento que se rompió el hielo. Me nace tutearla, y sé que no se va a molestar al oír la pregunta que un rato antes no me hubiera atrevido a hacerle:

—Decime una cosa Emma, y por qué fue que lo cortaste...

—Eh, Ave María, cómo le meten de misterio a eso, ¿no? — me responde sin tensión.

—Bueno, es que es raro.

—Ahora contéstame vos a mí, ¿vos sos rica?

—¿Cómo? —me sorprende su pregunta.

—Que si sos rica.

—Pues, ni rica ni pobre.

—Pero carro propio sí tenés, no me lo vas a negar.

—Sí, carro sí tengo.

—Por eso no entendés nada.

—¿Cómo?

—Supongamos el caso que es a vos a la que le cae la malparida hora y tenés que matar a tu man.

—Supongamos.

—Lo metes en el baúl de tu carro, lo tiras bien lejos y santo remedio, ¿no?

—Tal vez.

—Bueno, hija, a mí me tocaba en bus. ¿Entendés? ¿Qué haces si te toca trastear al difunto en bus? Pues te deshaces de él por pedazos, uno en cada viaje, ¿sí o qué?